En una nube

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Abro la puerta de mi casa, salgo al prado y me encuentro sumergido en la niebla.

¡Estoy en una nube!... Esta frase, que pronuncio maquinalmente, chasquea dentro de mi alma como un trallazo. ¿Por qué?; ¡ay, por qué!... Porque me trae á la memoria aquellos momentos, los más felices de mi vida, durante los cuales sangre y nervios, cuerpo y espíritu, fueron en mí todo placer; no placer corriente, un placer que, de puro intenso, ensueño parecía siendo realidad.

Quien entre mis lectores tenga bastante afinada la sensibilidad para comprenderme, sabrá que cuando tales momentos llegan, cuando el mundo deja para uno de existir, cuando nuestro ser adquiere alas divinas y se remonta á espacios sobrehumanos donde las nociones de tiempo y existencia se pierden, buscamos una frase que resuma la situación de nuestro espíritu. La mía fué ésta siempre: «No vivo en la tierra, floto, estoy en una nube.»

Nube de ópalo, adornada por la felicidad con festones rosa; nube que nos viste y nos envuelve y nos rodea con sus finísimos encajes; nube tibia, perfumada, sensual, en cuyo interior lo infinito parece posible y la ventura inagotable. Nube construída con todas nuestras esperanzas y todas nuestras imaginaciones y todas nuestras ansias de amor y de juventud y de gloria. Nube en la que hay humedades enervadoras de caricia y vapores religiosos de incienso... Con tales nubes debía estar alfombrado el Olimpo.

La nube que ahora me envuelve no es así. Es gris, fría; se pliega sobre mi cuerpo lo mismo que un sudario. Al calor de mi piel, se deshace en anchos lagrimones. No me deja ver la tierra, es verdad; pero tampoco me deja ver el cielo. Ando por ella á tientas. A tres pasos de mí todo son cortinajes cenizosos, que se espesan con la distancia.

Sé que tengo el océano enfrente, porque al frente mío se escucha el romper de las olas. Sé que tengo la montaña á mi espalda, porque suenan á mi espalda rumores de hierbas y de hojas movidas por el aire. Sé que hay vida cerca de mí, porque oigo cantar á los marineros y á los pájaros. Allá lejos, muy lejos, desde la torre de San Vicente me grita el reloj que son las seis de la mañana.

Quiero vivir la niebla; quiero bucear en sus misteriosos abismos. La niebla es triste, pero en su tristura

hay grandeza y serenidad; por ello cautiva y atrae. La tristeza y el desengaño y el dolor, cuando no tienen majestad, sólo inspiran encogimientos de hombros.

¡Quiero vivir la niebla!... ¡Quiero navegar en este océano intangible, formado con evaporizadas lágrimas del cielo!... Hacia adelante voy, extendiendo los brazos, como quien nada, para descorrer las gasas que se ponen por delante de mis ojos, ávidos de mirar.

Y miro, y veo el paisaje de todos los días; pero no lo veo como siempre, de golpe, preciso, abarcándolo de una sola ojeada. Lo veo poco á poco, objeto por objeto, árbol por árbol, mata á mata, ola á ola. Y, aun así y todo, los seres y las cosas van ofreciéndose confusos, desdibujados, como si pertenecieran á un mundo fantasma.

Aquel edificio parece un montón de cenizas; las puertas y ventanas que negrean sobre él, son los apagados carbones. Al alejarme de mi casa, ésta se deshace, se desvanece; creo que ella y cuanto ella guarda, ó no ha existido nunca ó no voy á volver á verlo más. Un árbol, que surge á dos cuartas de mí, tiene apariencias espectrales; sus brazos se levantan sobre mi cráneo amenazadores, prontos á destruírlo; las ramas de los arbustos me cogen á traición, y se enroscan á mis piernas y se retuercen en mi cuerpo con movilidad viscosa de serpientes apercibidas á morder; un hombre que pasa junto á mí, es pronto una sombra

que flota sin tocar la tierra. Recostada contra una roca hay una mujer; el velo de la niebla cae sobre ella en en pliegues anchos y flotantes. No puedo distinguir sus facciones; tiene apoyado el codo contra la rodilla y el rostro contra el puño. ¿Llora? ¿Espera? ¿Sufre?... Ya se eclipsó, como las imágenes de nuestros ensoñares... Por encima de mi cabeza escucho un rumor de alas: ¿qué será? Una gaviota que busca el mar, tomando por guía el sordo rugir del oleaje. La senda que conduce al castillo se abre línea á línea ante mis pisadas; el parapeto en ruinas brota de las cortinas grises como una aparición. Miro hacia arriba. ¿Dónde está el cielo? No lo sé. El cielo no habla. Cuando lo oculta la niebla, hay que adivinarlo. El mar, más sociable ó más compasivo, me dice con cada una de las olas que llegan: «No te importe no verme; no me consideres perdido; aquí estoy.»

Tomo asiento en la balaustrada y me dejo caer poco á poco sobre ella hasta tenderme por completo. En tal postura, ceñido por el sudario de la niebla, me hago la ilusión de que soy una estatua yacente. Tengo abiertos los ojos; pero mis ojos, como los de las estatuas yacentes, no ven; la niebla les ciega para las visiones del mundo exterior. ¡Qué importa! Mirarán hacia dentro. Allí existe otro mundo; mirémosle. Puede que las estatuas yacentes miren también así.

¿Qué veo en ese mundo? ¡Ah, qué veo!... Ese

mundo es para mí solo. No pienso enseñárselo á nadie. Bueno ó malo, á mi tan solo pertenece.

.....

Los encajes de la niebla se agitan. Diríase que los sacude una mano monstruosa. El gris se opaliza; ténues rubores van esparciéndose sobre él. De pronto una flecha de oro lo atraviesa; la niebla se rasga; por el boquete que forma su rotura saca la cara el sol. Haces de rayos se dirigen á un lado y á otro; los crespones grises se deshilan, se esparcen, huyen á los rincones últimos del espacio ó ascienden como un vaho púrpureo por cima de las aguas. Un cielo purísimo sustituye á la niebla, y en Oriente el sol ríe con brutales carcajadas de luz.

La niebla no existe. El astro la ha echado del cielo á puntapiés. Abajo, mar, ría, praderas y montañas rinden á mis ojos el maravilloso tributo de sus verdes. En el cielo todo es azul. Sólo allá, en su fondo, flota una nube color de ópalo, adornada con festones rosa...